

SEGUNDO PUESTO

El secreto de mi familia

Lizeth Vanessa Loaiza Acosta
Negocios Internacionales
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
liz_acosta0927@hotmail.com

Mi familia es bastante peculiar, amorosamente peculiar, diría yo. Mi padre es un contador jubilado y mi madre, una humilde ama de casa. Somos 3 hijas; mi hermana mayor, Juliana, tiene 21 años, está a punto de graduarse como fotógrafa en una academia donde consiguió una beca por su excelencia en el colegio. Gabriela, la del centro, está a punto de cumplir la mayoría de edad y sueña con que mis padres le den la oportunidad de irse a cuidar niños ajenos en Estados Unidos. En cambio, mi pensamiento y mi forma de ser son más realistas; soy Laura, tengo 16 años y quiero ser como mi madre, una amorosa y fiel esposa que tiene al cuidado sus hijos y que convive con un marido espléndido. Amo a mi familia, pero nuestra situación no permite que soñemos tanto. Hace un par de meses terminé el colegio y estoy a cargo del gallinero de papá, y en sí, del cuidado de los animales de la casa, que son pocos, pero qué feliz me hace esta labor.

En la mañana, papá nos dijo que iríamos a visitar al tío Abelardo. No podemos sentir más repudio por este hecho, pero mis papás dicen que hay que tenerlo cerquita para ver si nos deja algo de su cuantiosa herencia; a leguas se nota que necesitamos parte del dinero que supuestamente nos dejará. La razón principal por la que iremos a visitar al viejo ermitaño es, sencillamente, porque le pidió a toda su familia cercana que se reuniera con él para su cumpleaños. Nunca invita a nadie, ni acepta llamadas, escasamente sabemos que está vivo porque para navidad envía treinta mil pesos a cada una de nosotras y una tediosa tarjeta familiar que dice “nos veremos pronto”. Hasta este momento de la historia, todo parece normal; una familia humilde que tiene un tío rico al cual van a visitar, por obligación, para mendigar unos centavos y así poder subsistir en este mundo en el que, como dice papá, solo tienen oportunidades los altos mandos.

El sábado es el día en que iremos a visitar al viejo decrepito. Lamento ser tan antipática con mis pensamientos, pero poco a

poco iré contando por qué me causa tanta molestia ir a visitar al dichoso tío rico. Estamos alistando la maleta. Serán tres días de oscuridad y de comida con pocas probabilidades de frescura, así que tengo que empacar buenas municiones. Mis hermanas no aguantan tanto y no las puedo desamparar. La última vez que fuimos a esa cabaña, solamente había unas galletas tan viejas que mi hermana vomitó durante un día. Le dije a papá que quiero quedarme con las gallinas y Jack, el perro de la casa. Sin embargo, no tuve éxito. —De ninguna manera, vamos todos, y es mi última palabra.

Por fin llegó el sábado. Amaneció lloviendo y la carcacha de la familia parece que tampoco quiere ir a visitar al tío; al fin y al cabo, todo pasa por algo, dicen por ahí. Son las 8:00 a. m. y no hemos podido arrancar. Papá insiste en que el carro estaba perfecto el día anterior. Lleva años con ese cuento, no sé por qué no acepta que su auto ya está apto para ser pasado por chatarra. Terminamos saliendo de casa a las 11:00 a. m. Son doce horas de camino, así que ya se pueden imaginar el tremendo viaje que le espera a la familia Cortés. A medio camino, Juliana ha tomado el volante porque a papá le ha dado la maluquera, como dicen en mi tierra. Llevamos cinco horas andando y ya todos estamos cansados, hemos parado varias veces porque el carro no es que aguante tanto y hay que hidratarlo para que agilice el paso. No alargaré más el cuento del viaje porque sería centrarme en lo menos importante de esta historia.

Llegamos, sin dinero y sin una gota de agua porque toda se la tomó el carro. Sale una señora y nos dice que entremos. Dice mi Mamá que no sabía que alguien viviera con el tío. Falta ver si no está también detrás de sus ahorros. Con mis hermanas nos encargamos de las maletas mientras mis papás entraban a ver al tío Abelardo. Nos tardamos bastante planeando cómo lo íbamos a saludar. Entre menos contacto físico haya con ese viejo asqueroso, mucho mejor. Por fin entramos, justo como recuerdo esta cabaña, lujosa pero oscura, llena de telarañas y con un escalofriante ambiente en cada

rincón. —Hola tío, —decimos las tres desde la puerta. Mis papás, con un gesto de desaprobación, nos piden que vayamos a saludar bien y lo hacemos, pero ese viejo no pierde oportunidad para manosear con su boca cada uno de nuestros rostros. La señora que nos abrió nos mostró las habitaciones. El tío pidió que cada una estuviera en una. Llenas de desconfianza, y antes de que dijéramos “no” en armonioso conjunto, mamá nos dijo que hiciéramos caso, pero que en la noche nos pasemos a una misma habitación para quedarnos juntas.

Terminamos la cena y nos despedimos para ir a dormir, mañana es el cumpleaños del tío y queremos que todo pase muy rápido. Le hemos traído de regalo un saco que tejió mamá en un abrir y cerrar de ojos. Hasta mañana, decimos todos, y mi hermana, ya en camión, se aguanta las miradas pervertidas del tío. Caramba, quiero que salgamos de aquí ya. Una visita inesperada en mi cuarto. El tío Abelardo quiere hablar de mi futuro y de lo mucho que puede hacer por mí si me porto bien. Estoy a punto de traspasar, pero sé que no le puedo pedir que se vaya porque fijo nos saca de la casa y adiós herencia. Decido escucharlo de lejos, él se acerca y me baja la blusa, quiero gritar y pienso en Gabriela y su anhelado viaje a Estados Unidos. Qué hacer, qué momento más incómodo. Me ha preguntado si estoy depilada; este viejo asqueroso espera poseerme sin compasión y, además, tiene un aliento de dragón que me tiene hipnotizada. Tocan a la puerta. Qué ilusión, es Juliana, mi salvación, que viene a darme las buenas noches. La miro con terror y me pide que vaya a su cuarto porque no encuentra algo. Me quedo dormida en su regazo mientras lloro desconsoladamente. Tengo miedo, pero estoy con ella y eso me tranquiliza.

Al otro día, quiero contarles a mis padres, pero no están, mis hermanas tampoco. ¡Dios mío!, siento terror de estar sola con ese señor. Lo veo y me regaña porque lo dejé solo anoche. Le invento que me voy a bañar y me encierro en el baño; sigo con miedo y

con ganas de vomitar; cada minuto que pasa es un puñado de desaliento para esta pobre alma joven. Me baño rápido y me quedo en toalla, sentada en el inodoro. La puerta tiene llave y me siento segura. Sin embargo, este hombre escandaloso entra y me dice que quiere estar dentro mío. ¡Cuánta vulgaridad! No soy capaz de parar de llorar. Mientras me está tocando, siento que mi cuerpo muere lentamente y así, con una entrada bestial, me penetra. Grito y me calla la boca con su mano arrugada. Mientras se sube los pantalones me dice que mi futuro y el de mi familia está resuelto. Estoy llena de sangre, me baño nuevamente y me acurruco. Pasan horas, tengo que salir.

Mi familia ha vuelto. Quise decirles a mis padres lo que me pasó, pero al verlos, me dicen que el tío Abelardo estuvo con ellos todo el tiempo. Mis hermanas sí me creen y lloran conmigo; soy la menor, la indefensa, sobre mi espalda está el peso de una familia que a gritos necesita dinero para seguir viviendo. Si me preguntan cómo pasó toda esta tragedia, solo les voy a decir que el tío Abelardo se las ingenió para dejarlos solos por un tiempo en el pueblo y por eso vino a maltratarme. He decidido callar, mañana sabremos si este martirio sirvió para algo.

Despierto adolorida. Quiero irme a mi casa; necesito abrazar a mi oso de peluche y poder tener la ingenuidad para pensar que todo esto va a pasar pronto. Bajo a desayunar y tengo una discusión con mi familia. —¡Papá, no!, no quiero vivir aquí, me voy a casa, así sea caminando—. Mi Padre, que nunca lo había hecho, me da una bofetada. Mamá espantada me pide que lo piense tranquilamente porque será sólo por un mes. Y qué largo se ha hecho este mes. La cabaña se ha puesto cada día más linda, arreglada y con olor a flores; ya no hay oscuridad, pero en mi alma habita una tristeza que no desaparece. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que sonreí. No me ha llegado el periodo; mi hermana dice que todo esto es por

estrés, que a ella le ha pasado muchas veces, pero he notado que mi panza crece y no puede ser gordura porque he dejado de comer.

Unos meses más aquí, voy a desfallecer, parece que toda mi familia tiene la vida resuelta menos yo. Mi padre ha colocado una oficina para dar asesorías financieras, mi madre está tan ocupada en la casa que se ha olvidado de los problemas, Juliana entró a trabajar al periódico del pueblo y mi hermana Gabriela ya tiene todo listo para su viaje, cuidará dos niños en Filadelfia. Mi infelicidad le dio vida a mi familia. Debería llenarme de orgullo, pero cumplí 17 años y estoy embarazada. Mis padres creen que tengo un enamorado que me hizo “el mandando” y no me hablan hace meses. Todas las noches me aguanto al viejo entrar a mi cuarto para tener relaciones; algunas veces me besa y me acaricia, otras simplemente se baja el pantalón, me descubre la parte íntima y me ataca como un animal. Estoy a punto de enloquecer y de dar a luz. Lloro, todos están en casa, viene una partera, grito de dolor y sale la niña que tengo dentro. —Todo estará bien —dice la señora de la casa.

-

Mis padres han decidido volver a casa. La crisis económica pasó y el tío Abelardo se ha portado muy bien con ellos; les dejó la mitad de sus bienes y una buena cantidad de dinero en una cuenta del extranjero que seguramente será muy bien administrada por mis padres. El aborrecido tío Abelardo ha muerto, no sin antes, en su lecho de muerte, pedirme perdón por todas las atrocidades que hizo. Fui tan ingenua que creí que mis padres le iban a reclamar, pero no, todo resultó un ser un acuerdo absurdo en el que mi integridad era la que finalmente salvaría a mi familia a cambio de dinero. En estos momentos, juro que olvidé que eran mis padres. Sin exaltarme, salí de la habitación y hasta el sol de hoy no he vuelto a saber de ningún miembro de mi familia. Hoy les agradezco haberme hecho partícipe de ese secreto tan repugnante, pues me

demostró que mis ilusiones siempre estuvieron tocando el suelo y no el infierno como las de mis hermanas.